

Chun - Juan

Bajo el palio de otoño, junto al lago del Este
donde habita la sombra de Chun - Juan,
a conversar con ella me detengo en la tarde,
mientras labra en acero Wujain sus días futuros
y hay fulgores de oro en la arboleda.

- Tú sabes, oh maestro - le digo conmovido -
que el canto es cuento y que al contar se canta,
tal dijo otro poeta de mi patria sangrante.
Tú contaste las lágrimas más tristes de tu pueblo,
cuando peregrinabas como un viento apacible,
y por eso tu canto aún tiene en cada aurora
un amoroso coro de rocío.

Dos mil años no bastan para apagar tu estela,
y en las aguas del río en que tu tumba
fundaste, todavía te buscan tus hermanos
y en homenaje a ti mueven sus naves

2 / coronadas de paz y de victoria
El llanto fecundó la tierra china.
Las viejas dinastías se hundieron, los tiranos
huyeron, y los héroes que hasta Shensi llegaron,
venciendo las montañas, las estepas, la muerte,
alzan sus gabellos ahora en el gran ámbito.
La tierra, liberada, multiplica sus dones
y un imperio de máquinas su noble rayo extiende.
Del campo a la ciudad llegó la estrella.
Del campo a la ciudad, la nueva vida.
Yo he tenido la dicha de venir a tu patria
y hallar la primavera que no vieron tus lágrimas.
Perdóname este júbilo, maestro.
Yo sé que en tu silencio te conmueve —.

Me acerqué hasta Chu-Ynam. La piedra sonreía
y el sol desde el ocaso la vestía de oro rojo.
